



<http://doi.org/10.15446/ideasyvalores.v69n174.62325>

LOS DISPOSITIVOS DE LA SOCIEDAD DE CONTROL Y EL EXCESO DE SUBJETIVIDAD



THE DEVICES OF A SOCIETY OF CONTROL AND EXCESS OF SUBJECTIVITY

ANTONIO GÓMEZ VILLAR*
Universidad de Barcelona-Barcelona-España

.....
Artículo recibido el 31 de enero de 2017; aceptado el 12 de agosto de 2017.

* antonio.gomez.villar@ub.edu

Cómo citar este artículo:

MLA: Gómez Villar, A. “Los dispositivos de la sociedad de control y el exceso de subjetividad.” *Ideas y Valores* 69.174 (2020): 35-58.

APA: Gómez Villar, A. (2020). Los dispositivos de la sociedad de control y el exceso de subjetividad. *Ideas y Valores*, 69(174), 35-58.

CHICAGO: Antonio Gómez Villar. “Los dispositivos de la sociedad de control y el exceso de subjetividad.” *Ideas y Valores* 69, n.º 174 (2020): 35-58.



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License.

RESUMEN

Partiendo de los análisis (pos)operaistas, proponemos explicar la transición de los dispositivos disciplinarios a los dispositivos de la sociedad de control, como el intento de capturar el exceso de subjetividad y la multiplicación de formas de vida que constituyen el modo inmanente de la producción de riqueza en la economía posfordista. El capitalismo posfordista no es tanto una estructura de explotación que se pueda comprender, exclusivamente, con relación al concepto de *plusvalía*, sino un dispositivo de captura y apropiación de esa producción.

Palabras clave: Foucault, Negri, biopolítica, operaismo, posfordismo.

ABSTRACT

Based on (Post-)Operaist analyses, we propose explaining the transition from disciplinary devices to those typical of a Society of Control as an attempt to capture the subjectivity excess and lifeforms proliferation, constituting the immanent mode of production of wealth in Post-Fordist economy. Post-Fordist capitalism is a device for capturing and appropriating that production, rather than an exploitation structure that may be exclusively understood as related to the concept of surplus-value.

Keywords: Foucault, Negri, biopolitics, operaism, postfordism.

Lo común: la riqueza se conecta de forma cooperativa

A diferencia del régimen de fábrica, en el postfordismo, “las formas centrales de la cooperación productiva ya no las crea el capitalista como parte del proyecto de organización del trabajo, sino que, cada vez más, emergen de las energías productivas del trabajo mismo” (Negri 2004 143). Esta es, de hecho, la característica clave del trabajo inmaterial para Negri: producir comunicación, relaciones sociales y cooperación.

El aspecto central del paradigma de la producción inmaterial sobre el que Negri pone luz es el de su estrecha relación con la cooperación, la colaboración y la comunicación: en suma, su fundamento en *lo común*. Marx insistió en que, históricamente, uno de los principales elementos progresistas del capital había sido la organización en relaciones de colaboración productiva por parte de los ejércitos de obreros. El capitalista los llamaba a la fábrica, les enseñaba a colaborar y a comunicarse en la producción, y ponía en sus manos los medios necesarios para hacerlo:

En el paradigma de la producción inmaterial, por el contrario, es el trabajo mismo el que tiende a producir directamente los medios de interacción, comunicación y cooperación para la producción. La producción de ideas, imágenes y conocimientos no solo se efectúa en ‘común’ –nadie las piensa en solitario, todo pensamiento se produce en colaboración con los pensamientos pasados y presentes de otros–, sino que además cada idea o imagen nueva invita y se abre a nuevas colaboraciones. Dicho con otras palabras: en la producción inmaterial la creación de cooperación se ha convertido en algo interno con respecto al trabajo y, por tanto, externo con relación al capital. (Negri 2004 178)

Los economistas reconocen lo común de una forma ambigua mediante el concepto de *externalidades*. Por *externalidades positivas* se entienden aquellos beneficios que uno cosecha sin haber hecho nada. El ejemplo habitual, que aparece en todos los manuales de economía, es que cuando mi vecino embellece su casa y su jardín, mi propiedad también aumenta automáticamente de valor. El *(pos)operaismo*, en cambio, le otorga un sentido más general y fundamental al concepto de *externalidades positivas*, refiriéndose a la riqueza social creada fuera de los procesos directos de producción, cuyo valor, solo en parte, puede ser captado por el capital. Por lo general, se incluyen en esta categoría los conocimientos, las relaciones y las formas de comunicación social derivadas de la producción inmaterial. A medida que estas pasan al patrimonio común de la sociedad, forman una suerte de materia prima que no se agota en el proceso de producción, sino que, por el contrario, aumenta a medida que se utiliza: “el capitalismo posfordista se sostiene, por tanto, sobre un sin número de actividades que le

reportan un beneficio neto: las ‘externalidades positivas’ derivadas de la cooperación social y del trabajo intelectual, relacional y afectivo no remunerado” (Rodríguez 65).

Moulier-Boutang (2012) utiliza la polinización de las abejas como ejemplo para mostrar que la forma en la que los humanos producimos está ligada a la cooperación. Las formas de cooperación y coordinación humanas son operaciones que constituyen un inmaterial: se trata de una forma de polinización –si bien Moulier-Boutang señala que esta inmaterialidad ya estaba presente incluso en la actividad más material que podamos pensar–. Lo polinizador aparece en la comprensión humana de lo complejo donde, en lugar del polen, encontramos elementos inmateriales: la confianza, la cooperación voluntaria, la movilización de los afectos, el trabajo y la cooperación en red, etc. La actitud rizomática es exactamente lo que se produce cuando los seres humanos resuelven un problema sumando sus fuerzas cognitivas en red. La metáfora de la polinización es, pues, una ilustración particular de un fenómeno generalizado que Moulier-Boutang denomina “economía contributiva de producción de conocimiento y de vida en general” (120). Un ejemplo que ilustra hasta qué punto hacer redes es un elemento fundamental para la creación de recursos:

La polinización solo es un ejemplo de la simbiosis compleja que preside una multitud de contribuciones no basadas en el intercambio mercantil [...] La polinización de las abejas desempeña un papel fundamental en prácticamente el 80 % de la producción de frutas y legumbres. También desempeña un papel importante en la reproducción de las plantas silvestres. Si la abeja poliniza podemos recoger su miel. Pensemos en los osos: estos descubren los enjambres de abejas y se apropian de las colmenas, devoran sus larvas, los panales de miel, los panales de cera, se atiborran y destruyen totalmente los enjambres. Tras su paso es preciso que otros enjambres se reproduzcan. Si tomamos a las abejas como imagen de los hombres, el succionador de plusvalía absoluta, el capitalista absoluto, sería el oso. El apicultor, sin embargo, genera plusvalía relativa. [...] Deja que la abeja se reproduzca. Le deja lo necesario para su propia reproducción y la de sus larvas, limitándose a extraer el excedente. Y en pos de este último se vale de astucias para que la colmena produzca más [...] No tiene sentido hablar de una plusvalía de la polinización atribuible a una abeja concreta. La abeja poliniza pero en la polinización es absurdo achacar un papel a una abeja aislada. Si la polinización se produce es porque esta operación es repetida por miles de ejemplares, ya que en cada colmena hay veinte o treinta mil abejas. Si solo hubiera una abeja cabría decir que la polinización sería próxima a cero. Decir que la abeja es explotada de forma individual carece, por lo tanto, de sentido. Lo que se explota es su capacidad polinizadora. (Moulier-Boutang 137-138)

La comunicación es tanto expresión del nuevo modo de producción posfordista como organizadora del movimiento de la globalización, al multiplicar y estructurar interconexiones mediante redes. Así, el lenguaje y la red serían los dos factores constituyentes de la generalización y difusión del conocimiento en tanto motor neurálgico de la producción. El mecanismo de acumulación bioeconómico se estructura sobre la capacidad de comunicación y relación a través del lenguaje. Andrea Fumagalli traza una pequeña distinción analítica entre lenguaje y comunicación: el lenguaje está en el centro de los mecanismos de financiación de la actividad productiva, por lo que la comunicación se convierte en el pivote alrededor del cual rota el proceso de producción (cf. 27-28).

El vínculo que establece Virno (2003) entre las performatividades lingüísticas y económicas subraya una triple relación con lo común: nuestra facultad de hablar se fundamenta en lo *común*, es decir, en el lenguaje compartido; cada acto lingüístico es producto de lo común; y, finalmente, el propio acto de hablar se realiza en común, a través del diálogo, de la comunicación. Esa triple relación, aquí ilustrada por el lenguaje, es característica del trabajo inmaterial.

El giro lingüístico de la acumulación capitalista no solo subsume la capacidad del lenguaje, sino también el ámbito relacional en el cual se desarrolla. Para que el lenguaje sea performativo –productivo– necesita una actividad relacional. En los modos de producción posfordistas, el individuo no tiene capacidad para producir nada por sí mismo, lo cual era posible en la producción fordista, en era tanto apéndice de la máquina. En palabras de Andrea Fumagalli:

[...] en la producción inmaterial es el lenguaje lo que define el ámbito ‘común’, la base del proceso en el que la producción actúa. [...] La producción inmaterial, en la medida en que se basa en el lenguaje, es intrínsecamente producción común. En consecuencia, el resultado de esta producción no puede ser otro que un bien común. (275-276)

En *Imperio*, Negri y Hardt (2000) describen cómo en el pasaje a la economía informacional, el modelo organizacional de producción de línea de montaje se reemplaza por la red, transformando las formas de cooperación y comunicación, tanto dentro de cada lugar productivo como entre distintos lugares productivos:

La fábrica industrial masiva definió los circuitos de cooperación laboral principalmente mediante el despliegue físico de trabajadores en la planta. Los trabajadores individuales se comunicaban con los trabajadores cercanos, y la comunicación estaba limitada habitualmente por la proximidad física. La cooperación entre los sitios productivos requería también de proximidad física tanto para coordinar los ciclos productivos como para minimizar los costos y tiempos de transporte de las mercancías

producidas. Por ejemplo, la distancia entre la mina de carbón y la fundición de acero, y la eficiencia de las líneas de comunicación y transporte entre ellos eran factores significativos en la eficiencia global de la producción de acero. Similarmente, para la producción automotriz la eficiencia de la comunicación y el transporte entre la serie de subcontratistas implicados es crucial en la eficiencia total del sistema. En contraste, el pasaje hacia la producción inmaterial y la estructura en red de la producción vuelve a la cooperación y eficiencia productiva no dependientes en tal magnitud de la proximidad y la centralización. Las tecnologías de la información vuelven menos relevantes las distancias. Los trabajadores involucrados en un único proceso pueden comunicarse y cooperar efectivamente desde localidades remotas, sin importar la proximidad. (Hardt y Negri 2000 184)

Las diferentes tecnologías digitales han posibilitado la introducción de esta nueva perspectiva en la producción: han puesto a trabajar las cualidades más comunes de la fuerza de trabajo, a saber, el lenguaje y la acción comunicativa-relacional. Así, podríamos establecer un paralelismo entre el espacio geofísico de la producción de mercancías materiales y el espacio virtual, el cual es condición para el lenguaje y la comunicación puestos a producir.

Toni Negri (2003) señala que los niveles de comunidad y de puesta en común coexisten en todas partes: hasta para escribir un artículo en el ordenador hay que apelar a un saber común. En este sentido, el lenguaje se ha convertido en la forma más avanzada de la comunidad, no podemos existir fuera del lenguaje, “y cuando ese lenguaje se hace visual, es el cuerpo mismo quien interpreta lo común” (75). Es en la comunicación y en el paradigma comunicacional en donde se identifica el trabajo colectivo de la humanidad, entendiendo la comunicación como la forma en la cual se organiza la riqueza del mundo de la vida. Para Negri, “la nueva subjetividad se constituye dentro de este contexto, de máquinas y de trabajo, de instrumentos cognoscitivos y de autoconciencia poética, de nuevo ambiente y de una nueva cooperación” (Negri 2003 80).

Efectivamente, en la comunicación y difusión del conocimiento comienza el proceso productivo. Esto ocurre en un ámbito indefinido tanto espacial como temporalmente, contrario a lo que sucedía durante el régimen de fábrica. La dificultad a la hora de definir el ámbito espacial y temporal de los procesos de aprendizaje o difusión y generación de conocimiento, hace impracticable cualquier medida de la productividad individual. Es por esto que el mejor modo para definir el ámbito del proceso de producción sea hacer referencia a lo que es ‘común’: el despliegue de una estructura relacional como lugar colectivo social en la que las prestaciones laborales producen riqueza, conectándose de forma cooperativa.

En resumen, el (pos)operaismo concibe una teoría de la relación entre el trabajo y el valor basándose en lo común, que aparece en ambos extremos de la producción inmaterial como condición previa y como resultado. En efecto, nuestro conocimiento común es el fundamento de toda producción nueva de conocimiento, la comunidad lingüística es la base de toda innovación lingüística, en nuestras relaciones afectivas existentes se funda toda producción de afectos y nuestro banco social de imágenes comunes hace posible la creación de nuevas imágenes. Todas estas producciones acrecientan lo común, convirtiéndose en el fundamento de la producción. En realidad, lo común no solo aparece al principio y al final de la producción, sino también en medio, puesto que los mismos procesos de producción son comunes, colaborativos y comunicativos.

Los autores (pos)operaistas plantean que esta nueva forma de acumulación del capital posfordista vendría a repetir, por primera vez, los procesos de expropiación de lo común propios del comienzo de la Modernidad. Esta nueva forma de acumulación es un proceso que, entre otras cosas, ataca aquello común que el precedente siglo de luchas obreras construyó; ataca precisamente esos “comunes” que se habían convertido en la base de nuestra existencia, desde el *Welfare* hasta las nuevas capacidades para producir. Desde esta perspectiva, Sandro Mezzadra (2008) ha demostrado que la acumulación originaria o primitiva, es decir, la proletarianización de millones de personas a través de la salarización, es un proceso que se representa históricamente como el choque de la expansión del capital contra lo común producido por relaciones sociales de cooperación, libre de las leyes de explotación capitalista, en tanto lo común precede, anticipa y excede el desarrollo capitalista.

El capitalismo posfordista no se presenta como una estructura de explotación que se pueda comprender exclusivamente con relación al concepto de *plusvalía*, sino que es un dispositivo de captura y apropiación de producción social. La tesis que formula el (pos)operaismo es que la explotación es precisamente la captura y la expropiación de formas del producto de la cooperación social. El capital es un virus que vive del trabajo ajeno, solo puede sobrevivir parasitando el cuerpo social de la producción; el capital vive del trabajo como un virus vive del ADN. En este sentido, el capital, más que un *leviatán*, es una relación social: no produciría riqueza si no pudiese extraerla, si no pudiese expropiársela al trabajo vivo:

En todo momento del desarrollo del modo de producción capitalista, el capital ha propuesto siempre la forma de la cooperación. Esta forma tenía que ser funcional a la forma de explotación, cuando no realmente inherente a la misma. Del mismo modo, durante el período de la acumulación primitiva, cuando el capital englobó y constriñó a las formas

preexistentes de trabajo a su propia valorización, fue el capital quien impuso la forma de cooperación, consistiendo esta en el vaciamiento de las conexiones preconstituidas de los sujetos trabajadores tradicionales. En la actualidad, por el contrario, la situación ha cambiado completamente. El capital se ha convertido en una fuerza hipnotizadora, hechizadora, en un fantasma, en un ídolo: a su alrededor giran procesos radicalmente autónomos de autovalorización y únicamente el poder político logra forzarlos, con la zanahoria o con el palo, para que comiencen a amoldarse a la forma capitalista. La transferencia de lo económico a lo político, que se produce en la actualidad, y en dimensiones globales a la vida social productiva, se produce no porque lo económico sea ahora un determinante menos esencial, sino porque únicamente mediante medios políticos puede abstraer a la actividad económica de la tendencia que le lleva a mezclarse con lo social y a realizarse en la autovalorización. Lo político se ve forzado a ser la forma-valor de nuestra sociedad. (Guattari y Negri 102)

Se podría decir que el capital opera como una máquina de captura de un sustrato –la cooperación social–, que mantiene una situación de anterioridad ontológica, porque la cooperación de cerebros comienza fuera de la empresa. Es, pues, un proceso previo e inmanente al mismo tiempo: se da en el interior de la relación capitalista, a pesar de no ser producido por el capital. La fuerza de trabajo –o mejor, el valor de uso de ella– se encontraba, durante el régimen de fábrica, fuera del capital, y debió ser integrada a través de modelos disciplinarios:

La explotación es expulsada fuera de toda medida económica, su realidad económica se halla fijada en términos políticos únicamente. El concepto de medida se debilita, se extingue: la reproducción del sistema capitalista se ordena según procesos de disciplinarización y/o control de la sociedad y de sus diferentes elementos. La constitución material de la fuerza de trabajo y de la jornada de trabajo en la subsunción real únicamente puede ser comprendida y dirigida desde un punto de vista político mediante la organización de la fuerza, de la constitución política. El capital ejerce su poder sobre la sociedad de la subsunción real tan solo mediante formas políticas (monetarias, financieras, burocráticas y administrativas). El capital, ejerciendo su dominio sobre la comunicación, lo ejerce sobre la producción lo cual significa que no existe teoría de la producción que se distinga de la pragmática del gobierno de la producción, que ya no existe teoría de la organización social del trabajo, de la jornada de trabajo y del reparto de la renta que se distinga del dominio sobre el conjunto. (Negri 1992 122-123)

En los modos de producción posfordistas, la fuerza de trabajo se encuentra en el interior de la sociedad del capital. En el curso de su

desarrollo, el capital la ha reconducido de modo creciente bajo su dominio. El control capitalista sobre esta nueva fuerza de trabajo se ejerce *a posteriori*: ya no en la determinación de los presupuestos organizativos que posibilitaban la productividad social, sino a través de la expropiación de una productividad que continuamente desborda los límites de la valorización. El trabajo asalariado es hoy un campo de heterogeneidad que no puede ser definido únicamente por la relación de subordinación a un empleador, también debe serlo por las diversas conexiones con lo exterior a la empresa.

Si en el capitalismo industrial el control de las máquinas era una condición para la acumulación, en el capitalismo posfordista la acumulación se funda en la apropiabilidad y en el control del saber y el conocimiento social. En otras palabras, el conocimiento social constituye hoy el eje del proceso de creación de riqueza. Para Negri, las transformaciones de las modalidades que adopta la explotación descrita no excluyen la afirmación marxiana central “solo la fuerza de trabajo produce plusvalor y riqueza”. En ese sentido, señala:

Hay algunos amigos míos deleuzianos que rechazan, justamente, el hecho de volver a traer el discurso de la productividad y la teoría de las fuerzas productivas que está atrás de él, y desarrollar el análisis de la explotación. La consecuencia, para ellos, en los temas de la explotación, es que no existen más los explotados; existe solamente el pobre. No existe más la cantidad de plusvalor, existe solamente una cantidad monetaria; hay diferencias monetarias. En esto no estoy de acuerdo [...] Estoy en desacuerdo en algunos puntos que aquellos compañeros que, pensando en moverse sobre un terreno, por así decir, deleuziano puro, niegan que la explotación hoy exista todavía en formas que tocan la estructura biopolítica del trabajo y buscan, en cambio, definir en función de la explotación, categorías puramente político-culturales. (Colectivo Situaciones 77-78)

Frente a la visión marxiana de Negri respecto de que solo la fuerza de trabajo produce plusvalor y riqueza, Lazzarato, en su apuesta por una ontología pluralista y del acontecimiento, difiere con el filósofo italiano acerca de qué es lo que el capital captura, a pesar de compartir el análisis acerca del capitalismo como un dispositivo de expropiación y no como una estructura de explotación. Para Lazzarato (2006), la empresa posfordista explota para su beneficio la dinámica del acontecimiento y el proceso de constitución de la diferencia, subordinándola a la lógica de la valorización capitalista: la lógica instrumental ha sido sustituida por la lógica del acontecimiento. Lo que caracteriza a la cooperación entre cerebros no es lo inmaterial, lo cognitivo, sino la capacidad de comenzar algo nuevo. Negri, al partir de Marx, sitúa sus análisis en una ontología de la producción, mientras que Lazzarato, en cambio, al partir

de Deleuze, establece una ruptura entre el marxismo y el pluralismo, entre una ontología de la producción y una ontología de la creación.

Lo que nos parece interesante resaltar –tanto desde la perspectiva de Lazzarato como desde la de Negri– es la incapacidad del capital para suprimir el carácter de acontecimiento, el proceso abierto de la creación que surge como fruto de la cooperación social. Esta no puede ser prede-terminada por el capital, pues este solo se encuentra posibilitado para gestionar y reglamentar la actividad del trabajo inmaterial y para crear dispositivos de control sobre sus procesos de organización. Es importante advertir que los desarrollos (pos)operaistas en torno a lo común no tratan de sostener que la fuerza de trabajo se encuentra hoy liberada del mando capitalista, sino, al contrario, intentan indagar en la formación de nuevas modalidades de control de la fuerza de trabajo posfordista, que surgen como necesidad ante el desarrollo de una cooperación social que excede la relación capitalista.

De los dispositivos disciplinarios a los dispositivos de las sociedades de control

Para Foucault, la *sociedad disciplinaria* sería aquella sociedad en la cual el cuerpo social se configura a partir de una difusa red de dispositivos, operadores materiales del poder, técnicas, estrategias, aparatos, instituciones y formas de sujeción que producen y regulan costumbres, hábitos y prácticas productivas (cf. 2008b). Foucault va con frecuencia al Antiguo Régimen y a la era clásica de la civilización francesa para ilustrar la emergencia de la disciplinabilidad.

El *disciplinamiento* es la acción de sumisión del cuerpo por parte de los ritmos productivos de la sociedad moderna, lograda a través de instituciones disciplinarias: la fábrica, la escuela, la universidad, la cárcel, el asilo, el hospital o el manicomio. Estas instituciones tienen por objeto estructurar el terreno social a través de lógicas adecuadas a la “razón de la disciplina”, lugares e instituciones de encierro. La disciplina es, ante todo, un dispositivo de producción de subjetividad:

Desde este punto de vista, podría entenderse a la fábrica el lugar de encierro paradigmático de la sociedad civil. Los dispositivos disciplinarios que constituyen la fábrica subyugan, a la vez que subjetivizan, al obrero en tanto este es escenario de dominio y resistencia. El estriado de la sociedad con arreglo al paradigma fabril proporciona un medio de organización y recuperación estatal de las fuerzas productivas sociales exteriores dentro de su estructura. El estriado determinado por las instituciones se extiende tentacularmente a lo largo y ancho de la sociedad civil o, como escribe Deleuze, como las galerías de un topo a través del espacio social. (cf. Negri 2003 82-83)

Al (pos)operaiismo le interesa pensar cómo la prisión se erige en el modelo que tiende a trasladarse a otras instituciones, como la fábrica, la escuela, el cuartel, el orfanato, el hospital, el psiquiátrico o el barrio obrero:

Para Foucault, las prisiones y las demás instituciones disciplinarias materializan una nueva concepción del espacio y del tiempo aplicado a los cuerpos y a la población: la sincronización de los gestos, la regulación de masas de individuos dentro de la industria, la relación entre cuerpo y máquina, etc. Estos aspectos ejemplifican la racionalidad económica peculiar que toma forma con la emergencia de la producción industrial y que se consolidará a través del desarrollo del capitalismo fordista: las tecnologías del control disciplinario expresan esta racionalidad, traduciéndola en modalidades específicas de castigo. Las líneas de esta evolución se articularán simultáneamente, tanto en la fábrica, donde los principios científicos de organización del trabajo se concentrarán en la dirección de propulsar y gobernar la productividad, como fuera de la fábrica, donde las políticas keynesianas de gestión de la relación entre economía y sociedad definirán las coordenadas de la intervención estatal en los procesos sociales. (De Giorgi 117-118)

Las formas de ejercicio de la disciplina y de socialización del trabajador se ven acentuadas de forma vertiginosa. Hay que evitar que el trabajador consuma alcohol en demasía, que frecuente los burdeles, que consuma drogas; tiene que ser monogámico, ir directo de la fábrica al trabajo también. Racionalizada la vida del trabajador, los objetivos siguientes son la producción y el trabajo. El industrialismo es, pues, el principal elemento en el proceso de construcción de una nueva racionalidad de masa. El trabajo se ha revelado como uno de los medios más eficaces de regulación del conjunto de la sociedad. El trabajo se convierte de este modo en la potencia constitucional de las nuevas repúblicas nacidas sobre derrumbe del fascismo. En ese sentido, el modelo de control está asociado a la crisis del modelo fordista:

[...] en el proceso de desarrollo del capitalismo industrial, desde la acumulación originaria hasta el apogeo del fordismo, los dispositivos disciplinarios ejercen una función fundamental de racionalización disciplinaria de la producción y de sujeción de la fuerza de trabajo a la valorización capitalista. (De Giorgi 112)

Cuando Foucault (2008), en las últimas lecciones en el *Collège de France*, agrupadas bajo *El nacimiento de la biopolítica*, explica cómo la biopolítica y la bioeconomía neoliberal de los años setenta pretendían desarrollar una sociedad de control con el objeto de controlar al trabajador como totalidad, no quiere decir, de ningún modo, que las transformaciones que se han producido en los esquemas disciplinarios

con la irrupción del neoliberalismo supongan una ruptura total. Por el contrario, se trata de permanentes sofisticaciones y tendencias que se dan de forma simultánea y contradictoria. Por la propia dinámica del capital, coexisten un conjunto heterogéneo de espacios laborales, donde incluso la esclavitud y la explotación más tradicional no cesan de aparecer con nuevas formas de explotación y dominio. Lo que caracteriza al capitalismo, en su forma posfordista, es que a sus dispositivos disciplinarios se les unen los de control.

No ha tenido lugar una fractura en la que los dispositivos de la etapa de control superen y clausuren las instituciones disciplinarias, sino que estas etapas, en alguna medida, se han visto reformuladas en su función aunado a que, en parte, las lógicas disciplinarias tienden a difundirse por todo el espacio social. Hay una transitoriedad e hibridación de paradigmas. Las tecnologías disciplinarias se agencian con las de control, diferentes técnicas de poder se superponen y se componen, hay una mixtura y convivencia de tecnologías aplicadas. Quizás, la gran novedad de los dispositivos de control es que los mecanismos se tornan inmanentes al campo social, cada vez más interiorizados en los propios sujetos.

Será Deleuze (1995), en el breve texto *Post-scriptum sur les sociétés de contrôle*, quien sostenga que el modelo disciplinar descrito por Foucault es reemplazado por un modelo de control que funciona de manera bien distinta. El paso de la sociedad disciplinaria a la sociedad de control no está articulado de manera explícita por Foucault, aunque podemos encontrarlo de un modo implícito en su obra, lo cual es manifestado por el propio Deleuze en sus comentarios. Para este, las instituciones del encierro ya no funcionan con la lógica disciplinaria: los lugares e instituciones de encierro han entrado en crisis, la cual consiste en la generalización a toda la sociedad de la lógica que solía operar dentro de esos dominios limitados, propagándose como un virus (cf. 1995 252-253). Esto es, ya no se gobierna únicamente mediante dispositivos disciplinarios, sino mediante redes de control. Con relación a las sociedades de control, dirá Deleuze:

Los encierros son moldes, módulos distintos, pero los controles son modulaciones, como un molde autodeformante que cambiaría continuamente, de un momento al otro, o como un tamiz cuya malla cambiaría de un punto al otro. Esto se ve bien en la cuestión de los salarios: la fábrica era un cuerpo que llevaba a sus fuerzas interiores a un punto de equilibrio: lo más alto posible para la producción, lo más bajo posible para los salarios; pero, en una sociedad de control, *la empresa ha reemplazado a la fábrica, y la empresa es un alma, un gas [...]* La fábrica constituía a los individuos en cuerpos, por la doble ventaja del patrón que vigilaba a cada elemento en la masa, y de los sindicatos que movilizaban una

masa de resistencia; pero la empresa no cesa de introducir una rivalidad inexplicable como sana emulación, excelente motivación que opone a los individuos entre ellos y atraviesa a cada uno, dividiéndolo en sí mismo. El principio modular del “salario al mérito” no ha dejado de tentar a la propia educación nacional: en efecto, así como la *empresa reemplaza a la fábrica, la formación permanente tiende a reemplazar a la escuela, y la evaluación continua al examen*. Lo cual constituye el medio más seguro para librar la escuela a la empresa. (1995 249)

Partiendo de la hipótesis que plantea Deleuze (1999), en las sociedades de control, no se le modela al sujeto, sino que se le modula. Para explicar cómo opera el control en las empresas posfordistas, Zarifian utiliza la metáfora de la goma elástica: el trabajador no está encerrado en las cadenas del puesto del trabajo, sino atado por una goma a su empresa:

El asalariado puede, libremente, tirar de la goma elástica: no está encerrado, puede moverse, desplazarse a merced de sus iniciativas y de su *savoir-faire*, de sus facultades propias de juicio. Pero aquí es donde el elástico se estira: una fuerza periódica de aviso se ejerce sobre él. Debe rendir cuentas [...] La presión de la fecha, del resultado a alcanzar, reemplaza a la del control minuto a minuto de la operación elemental del trabajo. Pero sería falso pensar que este control se ejerce solo de manera periódica. En realidad, es omnipresente. El asalariado debe pensar permanentemente en ello, y puede terminar por obsesionarlo día y noche. (Zarifian 61)

En resumen, el *capitalismo maquínico* posfordista funciona de forma molecular y no jerárquica. Hay una crisis de la racionalidad disciplinaria, un agotamiento de la forma de poder que se inscribía sobre el cuerpo de una fuerza de trabajo ubicable en un tiempo y en un espacio definidos por la producción industrial fordista. La sociedad posfordista funda su dinámica sobre la movilización constante del deseo, sobre una libido que ha sido puesta a trabajar. Como plantea Deleuze, el objeto del control es hoy principalmente el control selectivo de la movilidad (cf. 1995 250). Es la capacidad relacional del trabajador la que debe ser gobernada.

Los cambios en los dispositivos de control que acabamos de describir se explican a partir de la naturaleza de la cooperación social y productiva propia de los sujetos del trabajo posfordista. Estos se resisten a las lógicas disciplinarias vinculadas a la repetición o la sincronización, en tanto que constituyen formas antitéticas con el proceso mismo de comunicar.

Si la cadena de montaje de la fábrica fordista ha sido sustituida por la red que posibilita los intercambios lingüísticos y comunicacionales, entonces estos últimos no pueden tener lugar en una estructura organizativa rígida y disciplinaria, puesto que resultarían bloqueados. Dicho

en otros términos, los modos disciplinarios socavarían “las condiciones de la propia productividad, la distribución horizontal de informaciones, los procesos de comunicación e intercambio que animan los flujos de la producción posfordista” (De Giorgi 141). Cuando la producción deviene social y se concentra sobre la subjetividad y la comunicación, las formas de control ya no pueden situarse en el interior de la fábrica, “en la disposición funcional de los espacios, en la subordinación del gesto a la secuencia de la máquina y en la rigidez específica del horario” (Rodríguez 127).

Sería un contrasentido que el capital pretendiese regular de forma absoluta los movimientos parcialmente autoorganizados de la cooperación social. Si la cooperación del trabajo social fuese dirigida y disciplinada en cada detalle perdería parte de su potencia. La invención y la innovación no son ya las funciones propias del empresario posfordista, sino las prerrogativas del trabajo vivo. Para el capitalista es necesario apropiarse de la innovación *a posteriori*, seleccionando los aspectos afines a la acumulación. Hay un paso de las formas de dominio basadas en la negación de toda autonomía de la fuerza de trabajo –el modo disciplinario– hacia las formas de dominio que impulsan a la fuerza-trabajo a producir innovación, cooperación inteligente. Mientras que la cuadrícula –la fábrica– era un espacio vacío, el territorio –la metrópolis– es un espacio lleno de singularidades.

Si nos remontamos al nacimiento de la industria, vemos que el gran problema al que se enfrentaba el mando capitalista consistía en crear dispositivos que pudieran paliar el déficit de subjetividad respecto a la exigencia de normalización y regulación de la nueva economía capitalista. Los nuevos obreros que se incorporaban a la fábrica y los campesinos que devinieron proletarios presentaban un déficit de subjetividad. El poder del mando fordista expresaba una racionalidad gubernamental que articulaba dispositivos capaces tanto de remediar como de suplir estas deficiencias y carencias. Los dispositivos se articularon como dispositivos de disciplinamiento de las carencias que evidenciaba la fuerza de trabajo en relación con la organización capitalista de la producción.

Para ahondar en la idea de *déficit de subjetividad* es importante detenernos en la obra de Michel Foucault. Es en 1976, en el marco del primer tomo de Historia de la sexualidad y en el curso impartido en el *Collège de France*, titulado *Defender la sociedad* (1975-1976), cuando Foucault introduce por vez primera reflexiones en torno al biopoder, cuestión a la que dedicará unos cinco años de reflexión, si bien luego volverá a estar presente en sus cursos *Seguridad, territorio, población* (2008a) y *El nacimiento de la biopolítica* (2008b).

Foucault abre un dominio de análisis en el que trata de establecer las relaciones posibles entre el modelo económico y las subjetividades desde una perspectiva biopolítica. A partir de estos análisis, el (post) operaismo inscribe su investigación en la genealogía de la gubernamentalidad y de las tecnologías de poder que elabora Foucault para explorar el lugar de la subjetividad al interior de los modos de producción posfordistas: vislumbrar los efectos y modos de subjetivación que implican y propician, descodificando la racionalidad inherente a los sistemas de control e inscribiendo los análisis desde la perspectiva del nuevo ciclo de acumulación posfordista.

Foucault afirma, a grandes rasgos, que encontramos dos paradigmas de poder al analizar la historia francesa y europea: el poder soberano y el biopoder. El primero sería el poder de las monarquías europeas, que predominaría, como tecnología de poder, hasta el siglo XVI y principios del siglo XVII. Este tipo de poder, este paradigma, estaría caracterizado por una determinada forma de castigo, por una determinada forma de matar. Surge formalmente de la patria potestas romana: el padre disponía de la vida de sus hijos, ya que, al dar la vida podía disponer de ella. En la era del poder soberano, el poder se afirmaba a sí mismo “haciendo morir y dejando vivir” (Foucault 2008a).

El término *biopoder*, en cambio, debe entenderse como un poder que se ejerce sobre la vida, comprendida esta como el factor que une a todos los individuos, vale decir, la especie, que agrupa a los sujetos bajo un conjunto de rasgos biológicos compartidos. De esta manera, el ejercicio del biopoder permite la instauración de una tecnología biopolítica, que se anclará en la población para administrar sus procesos vitales comunes, introduciéndolos en el campo de la gestión política. Es entonces cuando, por primera vez, la vida entre en escena como categoría política.

El biopoder, a su vez, desarrolla dos dimensiones: la anatomopolítica y la biopolítica. La primera es una técnica que surge en los siglos XVII y XVIII, basada en la disciplina como instrumento de control del cuerpo social penetrando en él hasta llegar a sus átomos. Las herramientas anatomopolíticas son la vigilancia, el control, la intensificación del rendimiento, la multiplicación de capacidades, la utilidad, etc. Estas técnicas del poder actúan sobre el detalle, sobre el hombre-cuerpo de forma individualizadora buscando disciplinar sus comportamientos, transformándolos en cuerpos dóciles. Lo que se produce es la imposición de una relación entre docilidad y utilidad aplicada sobre el cuerpo. Justamente es a través de la disciplina como se llega a este cometido.

La otra dimensión del biopoder se desarrolla entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, denominada por Foucault como biopolítica. Esta no intervendrá sobre el hombre-cuerpo directamente, sino más

bien sobre los fenómenos masivos de la población, sobre el hombre como especie biológica, por lo que entendemos que esta técnica de poder se apoye en una nueva y múltiple figura denominada “población”. Es ella la que será incorporada por el poder en la medida en que la vida se vuelve, en todos los sentidos, asunto de gobierno, lo que lleva a este último a ser, antes que nada, gobierno de la vida. Asistimos, pues, a la denominada estatización de lo biológico.

Si la anatomopolítica pretendía actuar sobre el detalle debido a la inoperancia del poder soberano, la biopolítica lo hará a otra escala, sobre los fenómenos globales, merced a que habrá una clara conexión entre unos y otros en la práctica. La biopolítica aborda a los hombres a partir de los procesos de conjunto que son propios de su vida orgánica.

Para Foucault, la biopolítica constituye una innovadora tecnología de poder que viene a intervenir y regular las poblaciones humanas, tomándolas como especie biológica, gestionándolas y gobernándolas por medio de herramientas tales como la medicina, la demografía, la higiene pública o el urbanismo. La vida biológica del hombre pasa a ser parte del panorama del poder, en tanto la biopolítica busca regular ahí donde el poder soberano quería extirpar. La biopolítica, en palabras de Deleuze, pretende moldear y corregir capturando líneas de fuga, integrando lo que no se quiere dejar integrar, aquello que chorrea (*cf.* 1995 229).

Así, para transformar al campesino inglés –el déficit de subjetividad–, expulsado del campo debido a las apropiaciones colectivas masivas hacia la ciudad, en un obrero, en un trabajador, se le debieron aplicar prácticas de disciplinamiento y normalización que el poder soberano no estaba capacitado para realizar. Lo que al poder soberano se le escapaba era la fuga efectuada por aquellos trabajadores que no pueden más que rechazar el trabajo que les es impuesto. Estos son los inadaptados, los deficitarios, que plantean un desafío a las funcionalidades requeridas por las nuevas demandas sociales y administrativas, los desafíos que ponen en jaque el modelo del poder soberano. El poder soberano deviene, así, inoperante para realizar este tipo de prácticas de intervención sobre los hombres. viéndose, además, incapacitado para tratar con la figura nueva, ya mencionada, que surge a esta altura de la modernidad: la población.

Entendemos que el régimen de fábrica fue una forma de gobierno sobre el trabajo. Su forma de desarrollo fue la disciplina en el sentido foucaultiano antes descrito: división funcional de espacios y tiempos, gobierno externo del cuerpo y del gesto, alianza entre el saber y el poder. El déficit de subjetividad fue paliado por las técnicas disciplinarias: la subordinación del cuerpo a la máquina en la fábrica. Un poder disciplinario que no tenía por objetivo reducir las fuerzas, sino multiplicarlas, enderezar las conductas, normalizar, moldear y fabricar individuos, en

tanto el capital no encontró una fuerza de trabajo identificada con su propósito, sino una multiplicidad que debía ser gobernada de manera, por así decir, despótica. El cuerpo sobre el que recaía la disciplina era extranjero, por lo cual debía ser domesticado conforme con los nuevos criterios de la producción en masa taylorista/fordista.

El capital, durante el régimen de la fábrica, se presentaba como excedente respecto con la fuerza de trabajo, mientras que la disciplina fue una técnica de producción, un saber productivo, que no se limitó a prohibir o reprimir, sino que trató de conformar y producir, introduciendo a una fuerza de trabajo carente en las relaciones de producción. El dispositivo disciplinario fue el modo de gobierno adecuado sobre una subjetividad deficitaria en términos de productividad capitalista. El poder disciplinario fue, pues, un dispositivo de producción del sujeto, de un cuerpo deficiente de conocimientos.

La irrupción del modo de producción posfordista determina cambios significativos en el terreno de la racionalidad gubernamental y en el de los dispositivos de control que aseguran su vigencia:

[...] hemos de analizar ahora las nuevas geografías del control a partir de la racionalidad disciplinaria, a partir del agotamiento de la forma de poder que se inscribía sobre el cuerpo de una fuerza de trabajo ubicable en un tiempo y espacio definidos por la producción industrial. (De Giorgi 121)

Las sociedades de control y sus nuevos dispositivos comienzan a aparecer cuando el exceso de subjetividad, la excedencia subjetiva junto con la proliferación y multiplicación de formas de vida se convierten en el modo inmanente de la producción de riqueza. La subjetividad se vuelve productiva, volviéndose algo a ser controlado y la excedencia se configura como exceso constante de potencialidades productivas, de formas de comunicación y de vínculos cooperativos. En el nuevo ciclo de acumulación, es el capital el que se muestra carente frente a la fuerza de trabajo. Las técnicas de control no consideran los acontecimientos como negativos –frente a las disciplinas, que subordinaban la invención a la producción–. Es así que el trabajo posfordista se ha convertido en un conjunto de acontecimientos, donde la incertidumbre y la inestabilidad se han introducido con fuerza en el interior de la organización del trabajo.

En las sociedades disciplinarias se encerraba el afuera, es decir, la potencia de invención, reducida esta a una simple reproducción. El tiempo de la creación de los posibles debía ser limitado y encerrado en plazos y procedimientos rigurosamente establecidos. En las sociedades de control, por el contrario, el tiempo del acontecimiento, de la invención y de la creación de posibles, ya no puede ser considerado como una excepción, sino como lo que hay que regular y capturar; ya no puede

ser neutralizado, sino controlado como tal. En el interior de la empresa posfordista se cuenta como recurso productivo todo aquello que en el esquema de la modernización y racionalización quedaba fuera por defectuoso: incertidumbre de expectativas, contingencia de los puestos y posiciones, identidades frágiles o valores siempre mutables.

En resumen, el problema para el mando ya no consiste en encerrar el afuera y disciplinar subjetividades, dado que “la potencia de proliferación de la diferencia ha roto el régimen del encierro, no hay otra forma de actuar sobre estas subjetividades que no sea ‘modulándolas’” (Lazzarato 2006 82); estas ya no son “modeladas” en un espacio cerrado –en el interior de la fábrica–, sino “moduladas” en un espacio abierto –la “fábrica-social”. A diferencia de las sociedades disciplinarias, en las que se pasaba de manera lineal de un encierro a otro –de la escuela al ejército, del ejército a la fábrica–, Deleuze muestra que en las sociedades de control nunca existe algo totalmente terminado. Mientras que las técnicas disciplinarias se estructuraban fundamentalmente en el espacio, las técnicas de control sitúan el tiempo en primer plano. Ya no es la fábrica, sino la red, la que controla a los trabajadores, mientras captura lo singular y lo colectivo. El control pretende, en definitiva, compactar y reducir la multiplicidad de dimensiones y relaciones que el mundo y la cooperación social implican.

El exceso de las finanzas: la contrapartida dialéctica del exceso de producción biopolítica

De los diferentes dispositivos de captura, consideramos que el proceso de financiarización de la economía, en tanto que lugar de mediación entre la empresa y el *bios social*, como actor de la producción, es el modo privilegiado con el que el capital posfordista logra capturar la cooperación social. Diferentes autores (pos)operaistas han prestado especial atención a la dimensión financiera de la economía.

Conviene aclarar un equívoco que suele ser habitual, y sobre el que la totalidad de los autores (pos)operaistas nos advierten: hablar de financiarización de la economía no quiere decir que no exista más producción industrial, sino que la producción se desarrolla bajo el mando del capital financiero y de las lógicas financieras, que son muy distintas de las lógicas industriales. La financiarización es un dispositivo de captura que logra transformar el concepto mismo de acumulación de capital. Esta consiste, fundamentalmente, en inversiones en dispositivos de producción y captura del valor producido fuera del proceso productivo. Lo financiero es una tecnología propia de la nueva composición orgánica del capital:

Comienza a desarrollarse una nueva figura de la explotación – la explotación directa del *bios*, la exaltación del *welfare* como base de

valorización financiera. El mundo de la producción de la sanidad, del cuidado de la niñez y la vejez, de la enseñanza y la educación, etc..., es decir, el mundo de la ‘producción del hombre para el hombre’ deviene la materia prima, mejor, la sangre que circula en el sistema arterial del capital financiero global. El mundo del trabajo es explotado en cuanto *bios*, no solo en cuanto ‘fuerza de trabajo’ sino en cuanto ‘fuerza viviente’, no solo en cuanto máquina de producción sino en cuanto cuerpo común de la sociedad trabajadora. (Negri 91-92 2013)

La financiarización, lejos de estar contrapuesta a algún tipo de “economía real”,

[...] es la forma de la economía capitalista puesta al mando para la captura y transfiguración del ‘común’ bajo el signo de la renta, entendida, en términos marxianos, como el poder de apropiación de una parte cada vez mayor de los valores creados por la cooperación social sin intervención directa del capital. (Curcio y Roggero 39)

El llamado *capital-casino* no es ninguna aberración ficticia. Para Marazzi (2007), la financiarización no es una desviación improductiva y parasitaria de la plusvalía, sino la forma de acumulación del capital en el interior de los nuevos procesos de producción social y cognitiva del valor. No hay lugar para distinguir entre un capitalismo industrial y un capitalismo financiero, siempre parasitario. De la misma manera pierde fundamento la tesis según la cual los ciclos sistémicos de acumulación están constituidos por fases de ‘expansión financiera’ a la que siguen fases de “expansión material”. Si a lo largo del siglo xx –y Marx ya lo había puesto en evidencia en el xix – las crisis financieras se basaron en una relación contradictoria entre economía real y economía financiera, en el siglo xxi la economía financiera se vuelve invasiva, expandiéndose a lo largo de todo el ciclo económico.

El capital financiero no es, por tanto, una realidad parasitaria, sino que se trata de una figura del capital en sentido pleno, de la misma forma en la que lo ha sido, lo es y lo seguirá siendo, el capital industrial. La financiarización de la economía global es una nueva forma de acumulación de capital, simétrica a los nuevos procesos de posfordización en la producción de valor. Las finanzas no son parasitarias, sino productoras de nuevas relaciones de explotación capitalista. No hay contradicción, insistimos, sino convergencia entre lo que aún se llama *economía real* –en el sentido de “productiva”– y la *economía financiera* o *virtual*. La financiarización es el proceso mediante el cual se amplían los procesos de extracción de valor hacia la esfera de la reproducción y la distribución, a esos no-lugares de la producción. Analizar el capitalismo financiero desde esta perspectiva significa hablar de *bioeconomía*

(*cf.* Fumagalli), pues ya no solo se trata del objeto de extracción de valor cuerpo siendo operando como instrumento material, sino también el cuerpo comprendido en su globalidad, como *población*. Mezzadra ha definido la diferencia entre la financiarización y el capital industrial de la siguiente forma:

Mientras que el obrero, una vez pasadas las rejas de la fábrica, se encuentra al interior de un sistema de cooperación organizado por el patrón, la mujer negra sola (para usar una figura estereotípica) que contrata una hipoteca *subprime* debe pagar mensualmente la deuda entrando en una serie de relaciones de cooperación, dependencia y explotación que resultan esencialmente indiferentes para el capital financiero, que se limita justamente a ‘extraer’ una cuota de valor producido desde el interior de aquellas relaciones. (Mezzadra 2013 42)

Los mercados financieros son esencialmente exceso: son capitales que proliferan al margen de la producción material. El exceso de las finanzas es la contrapartida dialéctica del exceso de producción biopolítica, mientras que la producción de la cooperación social es siempre excedente con relación a los valores mercantiles en los que se intenta encerrarlo. Es así, que el capital financiero persigue siempre capturar esta excedencia.

La financiarización es el intento de reunir estos capitales fijos devenidos independientes, fruto de la cooperación social. Es un proceso que desplaza y aumenta enormemente la mediación productiva en la explotación del trabajo:

[...] este proceso recuerda a la época de los cercamientos en el siglo XVII –*enclosures*–, mediante el cual los campesinos que vivían de y sobre la tierra como bien común fueron expulsados por procesos de privatización y división de esa tierra. (Marazzi 2009 37)

De la misma manera, la lógica financiera produce un bien común que luego divide y privatiza. La financiarización representa, pues, la modalidad adecuada de acumulación al nuevo capitalismo. Esta expropiación se realiza, además, sobre elementos del común que las luchas han construido al sentar algunas bases institucionales para una economía fundada sobre el conocimiento: muchas de las garantías y producciones colectivas del hombre para el hombre, como el sistema sanitario o el educativo.

¿Cuál es, entonces, el nexo entre financiarización y procesos de producción de valor? La subsunción de la sociedad –o dicho con mayor precisión, la subsunción de la vida misma, del bios social– bajo el dominio del capital. Y, ¿cómo se ejerce el mando de unos mercados situados en lo más alto de la estructura social? Este poder se ejerce mediante el

uso cada vez más extendido del control monetario, cuya finalidad es la acumulación de renta financiera. Este control financiero organiza las relaciones productivas y reproductivas a partir de esquemas de consolidación e intensificación de los dispositivos de explotación.

En resumen, la financiarización se propone como el único horizonte de captación y de medida del trabajo social desde el posfordismo, entendido como nuevo modo de producción. Es en tanto que las finanzas construyen e imponen la medida del trabajo social, y que invisten la vida, que el beneficio y el salario se da hoy en la forma de renta o de deuda (cf. Vercellone 103). Los mercados financieros son el aspecto más innovador del capitalismo posfordista, donde se condensan y operan las variables centrales del nuevo modelo de acumulación. Por el momento, no existe otra medida del trabajo cognitivo que no sea a través de los instrumentos financieros:

[...] en el fondo, estamos como los *commons* del 1600 inglés, las tierras cercadas que han dado lugar a la propiedad y al capitalismo. Somos, de nuevo, fisiócratas. Y la financiarización permite crear nuevos cercos, crear escasez dentro de la abundancia. En este contexto, por ejemplo, no hay falta de liquidez, como tampoco hay falta de vivienda. La única cosa escasa en este sistema son los derechos sociales. (Marazzi 2003 167)

Desde esta perspectiva, la deuda constituye otro importante y privilegiado dispositivo de captura. En los análisis de Lazzarato (2013), la deuda remite directamente a una disciplina y a un estilo de vida que implican un trabajo sobre “sí mismo”, una producción de subjetividad específica: la del hombre endeudado. A través de la deuda se logra modelar un control de la subjetividad, de modo que el trabajo sea inseparable del trabajar en uno mismo. Así, se sostiene una producción y control de la subjetividad y de las formas de vida. La economía neoliberal es una economía subjetiva, es decir, una economía de búsqueda de productos y procesos de subjetivación, ya no es el modelo de la economía clásica de intercambio y productor, pues no se tiene una deuda, sino que se está endeudado. La deuda configura una subjetividad del trabajo mediante la cual debe ser abandonada la lógica de los derechos individuales y colectivos para darle lugar a la lógica de los créditos – inversión en capital humano-, la cual es la que estructura el proceso de individuación.

La relación de deuda corresponde a un modo de gobernar que consiste en influenciar el comportamiento y la acción de los otros. El reembolso de la deuda no se hará en moneda, sino a través de constantes esfuerzos del deudor por maximizar su empleabilidad, afanarse en pos de su inserción social o en el mercado laboral y estar disponible y movilizable en el mercado del empleo. El reembolso de la deuda corresponde

a una normalización de los comportamientos y a una conformidad a las normas de vida decretadas por la lógica del mando.

El proceso de financiarización está íntimamente ligado a la creación de formas estructurales de la deuda. Lazzarato (2013) analiza cómo el proceso de financiarización y la deuda, tanto en el ámbito micro –individual– y en el ámbito macro –el Estado– se ha convertido en una de las palancas más poderosas para inducir formas de organización social de autocontrol. La deuda actúa como máquina de *captura*, *depredación* y *extracción* con respecto a la sociedad en su conjunto. Al igual que el proceso de financiarización, la deuda constituye otro de los dispositivos de captura para la creación de valor en el posfordismo.

A modo de conclusión

Hemos propuesto la idea de lo común como el lugar colectivo en el que se produce la riqueza y se conecta de forma cooperativa, siendo un proceso de producción que se despliega en una estructura relacional. Si el (pos)operaismo concibe la producción del valor en función de lo común, entonces la explotación ha de ser entendida como su expropiación. En otras palabras, lo común se ha convertido en el locus de la obtención de *plusvalía*. La explotación es, entonces, la apropiación privada de una parte o de la totalidad del valor producido en común. De ahí la necesidad de atender a los dispositivos de captura, pues el capitalismo posfordista no es tanto una estructura de explotación, el cual pueda ser comprendido exclusivamente con relación al concepto de plusvalía, como un dispositivo de captura y apropiación de esa producción social. Las interpretaciones (pos)operaistas de la sociedad de control aplicada a la fábrica social nos parecen muy fecundas, siendo esta una línea de investigación que tanto Foucault como Deleuze iniciaron, y que los autores (pos)operaistas han continuado desde la perspectiva de la acumulación capitalista posfordista.

Para entender por qué los dispositivos de control son, desde una perspectiva (pos)operaista, los propiamente posfordistas, hemos definido los dispositivos de control como las técnicas biopolíticas para capturar el desbordamiento y el exceso de subjetividad como modo inmanente de la producción de riqueza. Intentamos explicar cómo opera el capital para impedir que se desarrollen procesos sociales de producción autónomos, cada vez que se presentan como excedentes respecto de su dominio. Por lo tanto, explicar cómo el capital bloquea los procesos de captación social de este valor excedente.

De los diferentes dispositivos de captura propiamente posfordistas, consideramos que el proceso de financiarización de la economía como actor de la producción, siendo un lugar de mediación entre la empresa y el bios social, y la deuda como productora de subjetividad, son los

modos privilegiados con los que el capital logra capturar la cooperación social. Diferentes autores (pos)operaistas han prestado especial atención a la dimensión financiera de la economía y a la deuda como configuradora de subjetividad.

Bibliografía

- Colectivo Situaciones. "Entrevista a Toni Negri." *Dilemas políticos. 2001-2011*. Eds. Raúl Cerdeiras y Christian Ferrer. Quadrata, 2012. 15-27.
- Curcio, A. y Roggero, G. "Hacia un léxico/gramática del conocimiento vivo." *Transversal web Journal* (2010): Web. 7. nov. 2013. [<http://eipcp.net/projects/creatingworlds/curcio-roggero/es.html>]
- De Giorgi. El gobierno de la excedencia. *Postfordismo y control de la multitud*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2006.
- Deleuze, G. *Conversaciones*. Madrid: Pre-Textos, 1995.
- Foucault, M. *Hay que defender la sociedad*. Madrid: Akal, 2003.
- Foucault, M. *El Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económico, 2008a.
- Foucault, M. *Seguridad, territorio, población*. Madrid: Akal, 2008b.
- Fumagalli, A. *Bioeconomía y capitalismo cognitivo. Hacia un nuevo paradigma de acumulación*. Madrid: Traficantes de sueños, 2010.
- Guattari, F. y Negri, A. *Las verdades nómadas & General Intellect, poder constituyente y comunismo*. Madrid: Akal, 1999.
- Hardt, M. y Negri, A. *Imperio*. Madrid: Debate, 2000.
- Hardt, M. y Negri, A. *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*. Madrid: Debate, 2004.
- Hardt, M. y Negri, A. *Commonwealth. El proyecto de una revolución del común*. Madrid: Akal, 2011.
- Lazzarato, M. *Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control*. Madrid, 2004.
- Lazzarato, M. "La forma política de la coordinación." *Brumaria. Arte, máquinas, trabajo inmaterial* 7 (2006): 341-350.
- Lazzarato, M. *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*. Madrid; Buenos Aires: Amorrortu, 2013.
- Marazzi, C. "La violencia del capitalismo financiero." *La gran crisis de la economía global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos*. Eds. Andrea Fumagalli et al. Madrid: Traficantes de sueños, 2009. 21-62.
- Marazzi, C. *El sitio de los calcetines. El giro lingüístico de la economía y sus efectos sobre la política*. Madrid: Akal, 2003.
- Marazzi, C. *The Violence of Financial Capitalism*. Semiotext(e), 2007.

- Marx, K. *El Capital*. Ciudad de México: Siglo XXI, 2011.
- Mezzadra, S. “La cosiddetta accumulazione originaria.” *Lessico marxiano*. Manifestolibri, 2008.
- Mezzadra, S. “Las geografías de la crisis y del desarrollo capitalista. Apuntes preliminares e hipótesis de investigación.” *Lobo Suelo!* (2013): Web. 6 dic. 2013. [<http://anarquia-coronada.blogspot.com.es/2013/11/las-geografias-de-la-crisis-y-del.html>]
- Moulier-Boutang, Y. *La abeja y el economista*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2012.
- Negri, A. “Luchas sociales y control sistémico.” *Futur Antérieur* 9 (1992) : 15-19.
- Negri, A. Kairos, Alma, Venus, *Mutitudo*. Madrid: Manifestolibri, 2000.
- Negri, A. *Job: la fuerza del esclavo*. Trad. Alcira Bixo. Madrid: Paidós, 2003.
- Negri, A. *Los libros de la autonomía*. Madrid: Akal, 2004.
- Negri, A. “Una política de lo común. Del fin de las izquierdas nacionales a los movimientos subversivos en Europa.” *El síntoma griego. Posdemocracia, guerra monetaria y resistencia social en la Europa de hoy*. Trads. Javier Palacio Fuste y Antonio Fonet Vivancos. Errata Naturae, 2013. 79-99.
- Rodríguez, E. *El gobierno imposible. Trabajo y fronteras en las metrópolis de la abundancia*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2003.
- Vercellone, C. *Capitalismo cognitivo. Renta, saber y valor en la época postfordista*. Madrid: Prometeo Libros, 2011.
- Virno, P. *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporánea*. Madrid: Traficantes de sueños, 2003.
- Zarifian, P. “Controle des engagements et productivité sociale.” Madrid: *Multitudes* 17 (2004): 57-67.